

Una mirada fugaz pero profunda a la (anti)política peruana de los últimos veinte años le permite al autor de este artículo afirmar que lo ocurrido en el país en ese periodo se explica por la disolución del carácter de clase de los representados, que lleva a que los representados no sean representables.

El problema está en los representados

Guillermo Rochabrún S.

Esta es una época muy gris para la política: sin ideologías, sin programas, sin organizaciones, sin grandes líderes. Y poblada con personajes antaño inverosímiles: de Susy Díaz y Alfredo Gonzales a Arnold Schwarzenegger, pasando por Fernando Collor de Melo, el mismísimo Berlusconi y "Palito" Ortega. Eso en cuanto a los representantes se refiere. Pero en regímenes que funcionan mediante elecciones razonablemente libres la "representatividad" depende centralmente de los *representados*.

Hace ya varios años Alain Touraine nos hizo ver que en política, amén de una crisis de *representatividad*, había también una crisis de *representabilidad*. Es decir, los *representados* no eran (al menos, con facilidad) *representables*¹.

¿Qué ocurre entre nosotros? La hipótesis con la que voy a

reflexionar es sumamente "ortodoxa": la disolución del *carácter de clase* de los representados. Hablando muy esquemáticamente, hasta los años sesenta el cuerpo político peruano estaba definido por: a) un conglomerado de clases propietarias "representadas" en una "derecha" —a la cual se plegó en cierta forma el APRA—; b) un espectro de capas medias orientadas hacia un "centro" constituido por nuevos partidos reformistas (AP y DC); y, c) un vasto mundo de sectores populares desperdigados indistintamente hacia todos los partidos. La izquierda entonces se encontraba "fuera del sistema", y captaba a pequeños núcleos organizados de sindicatos obreros y campesinos.

El gobierno de Velasco suprimió la representación partidaria, facilitó sin querer el exponencial crecimiento de la

izquierda, y gradualmente ella se expuso a la luz pública. Cuando regresamos al sistema electoral en los años ochenta el terreno sociopolítico se había modificado en varios sentidos. Las clases propietarias a) eran ahora formalmente más "burguesas" y menos señoriales, y se orientaban hacia el antiguo "centro" (AP, entonces con el PPC), ahora convertido en nueva derecha, y en contraposición al reformismo militar. b) Las capas medias, más "estatalizadas" por la expansión del aparato estatal (aun tras la contracción que sufriera a fines de los años setenta), se dirigían ahora hacia toda la gama política. Y, por último, c) las clases populares habían establecido con la izquierda un sólido vínculo social, mas no necesari-

¹Guillermo Rochabrún es sociólogo y profesor universitario.

riamente político. Esa izquierda ingresaba en bloque casi por primera vez a la contienda electoral.

Y justamente cuando "todo estaba claro", todo empezó a desdibujarse. Si hasta entonces se había tenido un electorado "cautivo", ya en los años ochenta empezó a mostrarse *voluble*. En un primer momento los electores oscilaron entre los partidos existentes, pero luego empezaron a orientarse hacia personalidades desligadas de los partidos, y que por tal razón fueron (auto)denominadas "independientes". Así, en 1985 AP sufrió la "extirpación" de casi todo su caudal electoral, mientras que con García el APRA trepó mucho más allá de su volumen tradicional. Luego apareció Belmont. En 1980 habían votado por primera vez los analfabetos, pero la volatilidad del voto se fue dando a lo largo y ancho de toda la "pirámide" social, y en la generalidad de las regiones².

Otra muestra de independencia política del electorado ha sido la frecuencia del "voto cruzado" a través del voto preferencial. Diré una sola idea sobre los representantes: los principales líderes políticos de los años ochenta (Belaunde, García, Barrantes) actuaron más como "independientes con partido", como caudillos personalistas, que como dirigentes propiamente partidarios.

Algo que desde entonces ha tenido lugar casi por igual en

electores y políticos fue la desideologización de la política, que se inició antes del derrumbe del mundo soviético y el fin de la Guerra Fría. Sin duda, esta desideologización debe haber facilitado dicha volubilidad; pero ¿cómo entender todo ello?

A mi parecer, aquí tuvo un papel central la profunda crisis económica que se fue agudizando y acumulando desde 1975, y que obligó a la *sociedad* toda a desarrollar lo que ahora se denomina "estrategias de supervivencia". Lo que los intelectuales y políticos habían alucinado en llamar "nuevos movimientos sociales" dio lugar más bien a nuevas prácticas y organizaciones orientadas hacia la solución inmediata de problemas básicos a través de la gestión autónoma de recursos. En ello prescindían de liderazgos políticos, reclamaban el apoyo del Estado, a la vez que rechazaban la subordinación a este. De aquí surgieron algunos líderes (y lideresas) sociales, que con mucha frecuencia han fracasado cuando más adelante han querido pasar al campo propiamente político³. Fueron largos años de empobrecimiento —y no solo de pobreza—, en lo económico, social y cultural. Prácticamente todo el espectro social se fue replegando hacia la *vida privada*, aun si fuese a través de acciones colectivas, puesto que ellas se limitaban a hacer masivas diversas demandas individuales.

Vida privada desarrollada en relación directa con el Estado, y en círculos más o menos cerrados (familia, compadrazgo, paisanaje) ahora llamados "redes"; sin horizontes de futuro verosímiles, sin ideologías de por medio, sin grandes referentes comunes.

He ahí, apretadamente, mi interpretación de lo que ha sido vivir en el Perú en los últimos veinte años. ¿Cómo puedo entonces buscar un representante si no sé bien qué soy ni qué seré?

A ello hay que agregar dos fenómenos que si bien fueron estrictamente políticos, *acentuaron* una despolitización que tenía otros orígenes: ellos fueron la violencia política y la antipolítica de Fujimori, dogmatismo de mercado incluido. La primera debilitó aún más el mundo de organizaciones "clasistas" que podían haber establecido una conexión clara de representación política. La segunda desarrolló el espejismo de una conexión directa (una perversa "democracia directa") entre el gobierno y "el pueblo" —no entre el Estado y los ciudadanos; no entre un conjunto de instituciones y un sujeto universal dotado de deberes y derechos—. Por último, el discurso neoliberal hizo a cada cual "bailar con su propio pañuelo".

El régimen de Fujimori sedimentó un conjunto de hábitos, como la mendicidad institucionalizada de los programas de "emergencia"



—quizá lo más estable que tenemos—, construyendo un pacto implícito: dejarlo actuar sin cortapisas, a cambio de obras públicas y alimentos. Aquí no había pues ni identidad política de parte del ciudadano, ni representación por parte de los agentes de la política; tan solo un toma y daca sobre el chantaje de atender necesidades elementales. Todo ello contribuyó a la atomización y "mezquinización" de la política cotidiana, de lo cual los años más recientes están entre los mejores ejemplos. El fujimorismo trasciende a Fujimori.

Conviene dar una mirada a dos "factores" que han aparecido de modo intermitente: *región* y *raza*. En el Perú las regiones nunca han sido base para la conformación de fuerzas políticas. Incluso el APRA es una fuerza nacional con *arraigo* regional, pero que no representa *intereses* ni

identidades regionales. En cuanto a lo "étnico", si para algo *no* ha contado ha sido para la representación política; lo demuestra la extrema volatilidad de las *supuestas* identificaciones étnicas (Toledo), o su fracaso estrepitoso (Renacimiento Andino).

A diferencia de Fujimori y de Toledo, en quienes lo "étnico" no fue sino una alusión episódica, el etnocacerismo hace una apelación sistemática y decididamente racista-cultural. Pero —y esto es muy importante— lo hace desde los extramuros del espacio político. De la misma manera, muchos jóvenes migrantes de origen andino y rural se sintieron atraídos por el senderismo porque les permitía "ser alguien". Paradójicamente, podría no haber sido un vínculo político. Esto revela que existen amplios sectores que no sienten pertenecer al sistema, y no

por autoexclusión, como fue la izquierda, sino por acumulación de marginaciones.

En suma, ni los integrados ni los excluidos son claramente representables, pues carecen de un anclaje socioeconómico definido que perfile un presente y un futuro. Bajo estas reglas, la política termina pareciéndose mucho, para los políticos, a un juego de azar. ▲

1 Entre los ejemplos que dio, recuerdo en particular el caso de un partido polaco de bebedores de cerveza, muy conservador y anticologista para más señas.

2 Tengamos en cuenta que, para la orientación "clasista" de entonces, era de esperar que el voto analfabeto se hubiera inclinado hacia la izquierda, dado el asentamiento de esta en las "clases populares". Pero la política electoral seguía derroteros menos confrontacionales.

3 Ejemplos recientes son los fracasos de algunos dirigentes de "frentes departamentales" que tentaron la presidencia de los gobiernos regionales. Lo social no va de la mano con lo político.